

**Los necios muestran su enojo al instante,
pero los prudentes pasan por alto el insulto (Proverbios 12:16)Una historia
proverbialPor Ted Hildebrandt y Chatgpt**

En el bullicioso pueblo de Windmere, donde los chismes corrían más rápido que el fuego y el orgullo se llevaba como una insignia de honor, vivía un hombre corpulento y musculoso llamado Elías. Era conocido por su fuerza, sus manos hábiles y, por desgracia, su temperamento irascible. Una palabra descuidada, una risita mal disimulada, y la ira de Elías se encendía como el fuego de una cerilla encendida.

Una fresca mañana de otoño, la plaza del pueblo bullía con los preparativos para la Fiesta de la Cosecha. Se estaban montando los puestos, los pasteles se enfriaban en los alféizares de las ventanas y los niños corrían riendo entre las carretas. Elías, con una pesada cesta de manzanas al hombro, marchaba entre la multitud cuando oyó a un grupo de jóvenes susurrando y riendo entre dientes.

"¡Cuidado!" gritó uno con un comentario despectivo que Elías entendió como un insulto dirigido a él: "¡El viejo toro se ha escapado de su potrero!"

La risa que siguió fue más aguda que cualquier espina. Elías se giró, con la cara roja, listo para darles una lección que no olvidarían. Apretó los puños a los costados y, por un instante, toda la plaza pareció contener la respiración.

Pero antes de que pudiera actuar, se escuchó la voz de un anciano: "¡Elías! Una palabra, por favor".

Era el Maestro Rowan, el anciano de la aldea. Encorvado por la edad, pero con un ingenio agudísimo, Rowan le hizo señas para que se acercara. De mala gana, Elías le dio la espalda a los jóvenes que reían burlescamente y se dirigió al anciano, ardiendo de humillación y con ansias de venganza.

Los ojos de Rowan brillaron mientras hablaba en voz baja. «Tienes dos opciones. Puedes mostrarles tu enfado, darles la razón y alimentar su risa. O puedes sonreír, seguir adelante y dejarlos preguntándose por qué sus bromas mordaces no sirvieron de nada».

Elías frunció el ceño. "¿Por qué debería dejar que me insulten y no hacer nada?"

Rowan rió entre dientes. "Porque no todas las batallas valen la pena. Y no todos los insultos merecen una respuesta. Como dice el viejo proverbio: 'Los necios muestran su enojo al instante, pero los prudentes pasan por alto un insulto'".

Elías dudó; la furia de su ira era como una bomba encendida a punto de explotar en su pecho. Pero asintió lentamente. «Lo intentaré».

A medida que avanzaba el festival, el mismo grupo de chicos abucheó por segunda vez. Elías captó las palabras —algo sobre que era tan torpe como un buey— y sintió el familiar calor subirle a las mejillas. Pero esta vez, solo sonrió, se tocó el sombrero y siguió apilando cajas, ignorándolos como si no hubiera oído nada.

Los chicos parpadearon, con la confusión reflejada en sus rostros. Uno le dio un codazo al otro. «Quizás no nos oyó», susurró otro. Su risa se apagó y luego se desvaneció en un silencio incómodo.

Al anochecer, se corrió la voz de la inesperada calma de Elías. Algunos elogiaron su moderación, otros especularon sobre su repentina prudencia. Incluso los jóvenes, al ver que sus burlas no habían dado en el blanco, pronto perdieron el interés y siguieron adelante.

Más tarde, Rowan encontró a Elías bebiendo sidra junto al fuego. «Aprendiste rápido», dijo el anciano sonriendo.

Elías se encogió de hombros. "No fue fácil."

"Rara vez lo correcto lo es", dijo Rowan. Levantó su taza para brindar. "Por la moderación de la prudencia, ganada con esfuerzo y bien conservada".

Elías sonrió, honrado por el anciano sabio del pueblo. Quizás la verdadera fuerza no residía en aplastar a los enemigos a puñetazos, sino en no estallar de ira como un necio que busca venganza con furia, sino en mostrar discreción y prudencia, como le había instruido el proverbio: «Los necios muestran su enojo al instante, pero los prudentes pasan por alto el insulto» (Prov. 12:16).